

ejércitos, y organizaba la victoria en el fondo de su gabinete; y Roberto Lindet ponía algún orden en la dilapidación de las rentas del estado. Los miembros de esta comisión se constituyeron en permanencia tal, que perpetuaba el terror que inspiraban, y cada vez que se debía proceder á su reorganización, que era todos los diez días, Barère se presentaba en la tribuna, para anunciar que la comisión de salud pública había concluido sus funciones. «Continuad, continuad,» gritaban algunos confidentes, y el silencio de la masa daba fuerza de ley á estas adulaciones estipendiadas. Se habían disuelto todos los lazos entre los ciudadanos, no quedando ya otra autoridad, que la comisión de salud pública, y la sola acción de esta era el tribunal revolucio-

nario que hacia mover al gusto de sus odios y sus caprichos.

§ V. Divisiones recientes entre los miembros del gobierno revolucionario.—Fiesta al Ser Supremo.—Ley del 22 prerial.—Catalina Theos.

Vencedora de Danton, de Chaumette, y aun de los visos de oposición á sus voluntades, la comisión de salud pública se hallaba ya sin rivales; pero, si hasta este momento se unieron todos sus miembros por su interés común y complicidad de crímenes, afortunadamente para la humanidad estaba en la naturaleza de las cosas que se dividiesen, cuando se tratase de dividir los despojos. Estas famosas comisiones del gobierno (1) se compo-

(1) Habían suprimido el consejo ejecutivo, y la comisión de salud pública estaba revestida de todos sus poderes, sin tener la misma responsabilidad. La

nian de elementos demasiado heterogéneos, para que el lazo que los unia no cediese pronto á nuevas combinaciones que debia producir la victoria.

La mayor parte de estos hombres, que la casualidad habia colocado en el timon de los negocios eran, sino incapaces absolutamente, á lo menos de una medianía conocida. Tales eran Collot d'Herbois, mal cómico antes de la revolucion, á quien eleváron al poder declamaciones sin objeto ni freno, y una ferocidad inútil é ilimitada; Billaud-Varenes, digno émulo de Robespierre, hipócrita y sanguinario como él, y en fin su semejante en todo, menos en los medianos talentos de su

comision de seguridad general compuesta de tiranos subalternos, dividia su poder y preparaba sus trabajos.

modelo; Barère, agente subalterno de todos los crímenes; Amár y Vadier viles secuaces de la tiranía popular, criminales sin designio, sometidos al genio de Robespierre, y que le habrian servido siempre, si hubiese dejado entre ellos y él una aparente igualdad.

Ninguno de estos asociados de Robespierre tuvo parte en sus miras y secretos, ni contó con ninguna de sus esperanzas. Conducidos al poder por su exaltacion, por la casualidad ó por su incapacidad misma, segura garantía para que el dictador no fuese jamas eclipsado por ellos, habian visto, en todos los talentos superiores, enemigos naturales, y por instinto ayudáron á Robespierre, para que los llevase al cadalso; pero en el momento en que tantos cadáveres eran para ellos una

prenda de seguridad, no trataban sino de recoger el fruto de sus atrocidades.

La Convencion, avasallada, no les parecia peligrosa, é ignoraban el horror que causaban á la nacion. El terror los habia elevado al poder, y querian continuarle para sostenerse sobre los despojos de tantas facciones destruidas. No veian ya emulos peligrosos, y se creian, asi como en los primeros dias de la revolucion, en un campo que solo tenia por enemigos los contrarrevolucionarios, no siendo Robespierre para ellos sino un cómplice y comapañero; pero este acaso, sin ideas bastante fijas de organizacion, ni tampoco de elevacion personal, tenia algunas mas miras que sus émulos; miraba el gobierno revolucionario como pasajero, y los miembros de las comisiones como instru-

mentos, que queria y podia destrozar. Se ignora cual era su designio. ¿Seria un protectorado? ¿una dictadura, ó acaso la reorganizacion del despotismo á beneficio de la emigracion y el extranjero? todas estas opiniones fuéron sostenidas con probabilidades y talento, sin descubrirse la verdad de ninguna. Sin embargo escierto que queria ponerse sobre sus colegas de las comisiones, y poner un término al régimen del terror, inmediatamente que no fuese necesario á sus intereses y sus odios. Lo que hay de manifesto es que sus primeras tentativas para establecer alguna distancia entre él y sus colegas, sus primeras revelaciones del designio de una organizacion cualquiera, y tambien la propuesta de poner un término á los saturnales revolucionarios,

produjéron desconfianzas contra él; y la irritacion que le causáron resistencias imprevistas, demasiado mal disimulada, sublevó contra él sus colegas habituados hacia tantotiempo á mirar su odio como una sentencia de muerte.

Couthon, furioso cómplice y amigo del dictador; Saint-Just y Lebas, hombres sanguinarios, pero bastante capaces de concebir grandes ideas, y Robespierre jóven, entusiasta por su hermano y fanático de buena fe, uniéron su fortuna á la del tirano; su conducta uniforme, la superioridad de sus medios intelectuales, el consentimiento del populacho, y sus numerosos agentes fuera de la asamblea, parecian prepararles un triunfo fácil.

En este caso, neutralizada por el terror, la verdadera opinion pública, la

de las clases instruidas se habia hecho nula, y era otra la que habia tomado su lugar, á saber, la de los que dominaban en el dia, que hablaban por un millon de bocas, en las secciones, sociedades secretas, y plazas públicas en donde se movia un populacho desenfrenado por falaces promesas de una ley agraria é igualdad de fortunas, que sientan mas bien á los sentidos, que los sueños de la igualdad moral de los republicanos. La famosa sociedad de los jacobinos fué el órgano primero de esta corrompida opinion, y Robespierre hablaba como señor en esta fatal madriguera. La municipalidad de Paris, el comandante Henriot, todas las secciones, el tribunal revolucionario, y los magistrados subalternos, nombrados por esta fatal influencia, no eran

en efecto sino los verdaderos agentes de su dictadura; y esta terrible clientela, asegurándole la fuerza material, le daba tambien los votos de la Convencion por concesion del miedo.

Tales eran los preludios de la borrasca antes que amenazase el estallido, y es preciso que nos afianzemos, en los hechos que vamos á contar, de los indicios mas verosímiles.

Robespierre, que aplaudió el ateismo de la faccion de Hébert, la abjuracion de Govel, los saturnales de la diosa Razon, y otras tantas impiedades horrosas, señaló la plenitud de su poder por otras ideas y principios. El hombre que se eleva sobre sus semejantes, no cree poder encontrar jamas, sobre la tierra, suficientes garantías á su poder, y á mas de las leyes pe-

nales, necesita otros medios de repression, para asegurar su tranquilidad. ¿Fué esta idea, ó el sentimiento que no puede existir de estado verdadero sin culto, el que impelió á Robespierre en su nueva empresa? Sea lo que quiera, se presentó en la tribuna para rendir en ella homenaje á la divinidad, y al principio consolador de la inmortalidad del alma.

A pesar de la vulgaridad de sus declamaciones, dejó traslucir en su discurso alguna luz de razon; y el tribuno, sin moralidad ni principios, reconoció en ella las verdades eternas sobre las que reposan la estabilidad de los imperios, y todas las virtudes de la humanidad. Habló de la moral, como base que era de la sociedad y felicidad de los individuos, y recomendó el cumpli-

18 de  
Floreal  
(Mayo).

miento de los verdaderos deberes de hombre y ciudadano; pero ¿como los observó estos deberes? Semejante hipocresía de palabras no podia inspirar el perdón de sus acciones á las gentes honradas, y debia ser sospechosa á sus criminales cómplices, que habia protegido y aplaudido.

Sin embargo la Convencion, dócil á las leyes de la fuerza, decretó con entusiasmo la proposicion de Robespierre, como habia del mismo modo abolido el culto católico y aplaudido las usurpaciones de Chaumette y Hébert. Se instituyéron treinta y seis fiestas nacionales, y entre ellas la del 14 de julio, 10 de agosto, 31 de mayo, y 21 de enero. la existencia del Ser Supremo fué reconocida, á nombre de la república francesa, y su fiesta señalada para el 20

del prerial siguiente. Este homenaje impuro era mas escandaloso acaso que las profanaciones que acababa de ejercer, completándolas con sus propias manos.

En el dia señalado para la solemnidad, anunció la artillería, desde la mañana, la señal de los regocijos. La Convencion marchó en procesion al jardin nacional (Tullerías) en medio de una numerosa comitiva de hombres y mugeres de todas clases que llevaban ramos de encina y guirnaldas de flores, y acompañada de una multitud de músicos.

Robespierre acababa de ser nombrado presidente de la Convencion. Todos los homenajes se dirigian á él, y los recibia con un aire de resignacion que manifestaba claramente haberlos esperado. Se veia que habia elegido esta fiesta pedida por él á la Convencion, y

20 del  
Prerial  
(8 de  
Junio).

esta circunstancia imponente, para aislarse de sus colegas, y presentarse solo á las súplicas y respetos de la multitud.

De lo alto de una tribuna arengó al pueblo, y el denunciador constante se trasformó, repentinamente en pontífice de un Dios de misericordia y de paz, y con el hachon en la mano, quemó los emblemas del trono y de la esclavitud; pero se observó que tuvo cuidado de mezclar con ellos los andrajos de los *sanculotes*, con los que efectivamente jamas se habia vestido.

La Convencion fué en seguida al Campo de Marte, y Robespierre iba á la cabeza, elegantemente vestido. La banda y los plumages de tres colores, insignias de su dignidad, le designaban á los homenajes del pueblo, y para

dejarse ver mas fácilmente, dejaba con afectacion bastante distancia entre él y los demas diputados. El grito de *viva Robespierre!* reemplazó, por todas partes, los de *viva la Convencion!* *viva la libertad!*... Los bellos versos de Chenier cantados en el Campo de Marte, los coros de música, el ruido del tambor y la artillería, los gritos de la multitud, y el puesto primero que se le habia concedido, concurría todo á redoblar la embriaguez del tirano. Por la primera vez conocia acaso la fuerza de su poder, y estaba orgulloso y sorprendido; por la primera vez, acaso tambien, sus colegas de las comisiones se apercibieron que no se contentaria con ser su igual, y los miembros de la Convencion abrieron los ojos á tanta insolencia, preguntán-